

# RELACION

## DE LA COMEDIA INTITULADA LOS DESAGRAVIOS DE CHRISTO.

DE ALVARO CUBILLO DE ARAGON.



**T**eniendo el Romano Imperio apareció en Galilea  
Tiberio, César Augusto, para admiracion del mundo,  
à los catorce años del este Profeta Sagrado,  
reducidos en tres lustros, así llamado de muchos

Christ-

Christo, Jesus de la Plebe,  
y Hijo de Dios, de algunos:  
La proporcion de su cuerpo,  
tan igualmente dispuso  
la Divina Arquitectura  
con soberano dibuxo,  
que à nuestro corto entender,  
à nuestro humano discurso,  
parece que le costò  
nuevo trabajo, y estudio.  
Largo el cabello, y tendido  
sobre los ombros, al uso  
Nazareno, del color  
de aquel sazonado fruto,  
que en tunicas de esmeralda  
el avellano produjo.  
La frente espaciosa, y limpia,  
que coronando lo sumo  
del edificio bizarro,  
con elegancia le puso  
el Cielo sobre dos arcos,  
division de los carbuncos,  
doseles de dos Deidades,  
y de una Magestad triunfo.  
Tales, señor, tales eran  
los ojos, que si allà cupo  
embidia, embidioso el Cielo  
en Luzero los traduxo.  
En las hermosas mexillas

lo cándido, y lo purpureo,  
apacible competencia  
blasonavan siempre juntos,  
porque en deshojadas rosas,  
y en copos de nieve, puso  
encontrada paz perpetua,  
discorde, y perpetuo yugo.  
Dividia estos dos campos,  
la linea de los descuidos,  
mas con cuidado tan grande,  
ò con descuido tan culto,  
que huyendo de los extremos,  
dió perfecciones al uso.  
De dos hojas de clavel  
los labios castos, y puros,  
muy prevenidos de fangre,  
por tener que perder mucho,  
y del color del cabello,  
oro fino, y no tan rubio  
la hermosa barba partida,  
tan liberal siempre anduvo,  
que aun quiso partir la barba,  
por no tener nada suyo.  
La tunica que traia,  
afirman grandes Tribunos,  
que en su niñez fuè labrada  
por su Santa Madre al justo  
con la pequeñez del cuerpo  
y como en edad robusto

cre-

crecia, iba obedeciendo  
la vestidura à su bulto,  
creciendo con èl; tal era  
su compañía, que presumo,  
que como si alma tuviera,  
no quiso dexarle un punto;  
inconfutil la llamaron,  
porque costura no tuvo,  
raro, y celestial milagro,  
por nunca visto, y por suyo.  
Traia los pies descalzos,  
pero tan limpios, y puros,  
como si pisara siempre  
lirios del campo, ò ligustros.  
A este Hòbre, y Profeta, ù Dios  
(sino lo fuè todo junto)  
porque predicò verdades  
à los Pontifices Sumos  
de Jerusalèn, dormidos  
en sacrilegos insultos,  
trazaron darle la muerte,  
solicitando perjuros,  
que de su vida inculpable  
testificassen descuidos.  
Vendiòle por este intento  
de los Discipulos suyos  
un Judas (què vil hazaña!)  
(què aleve barbaro assumpto!)  
por treinta dineros solos

vendiò el precio, que no cupo  
en las mansiones del Cielo,  
ni en las distancias del Mundo.  
Prendieronle, y con afrentas,  
que porque de nuevo injurio  
su nombre, no te las cuento,  
ni à numero las reduzgo;  
à muerte fuè condenado  
por el Juez mas injusto:  
Pusieron sobre sus ombros  
la pesada Cruz, y el vulgo  
nunca con tanta razon  
alvorotado, y confuso,  
discurria por las calles  
de tanto dolor conductos.  
Un Centurion con cien hombres  
assegurava el tumulto,  
y el són de roncás trompetas  
engrossava al ayre puro.  
Destá manera llegaron  
al suplicio, y yà desnudo,  
con tres rigurosos clavos,  
que à los golpes de un verdugo,  
aunque remisos temieron,  
obedecieron agudos.  
Fuè en aquella Cruz fixado,  
con la corona de juncos,  
que penetrava las sienas,  
dignas de Laurel Augusto.

Enar-

Enarbolaron la Cruz,  
y en ella pendiente estuvo,  
cambiandole al Sol reflexos  
lo càndido, y lo ceruleo.  
Hasta que dando una voz,  
que atemorizò el concurio,  
inclinada la cabeza,  
el espiritu traduxo.  
Entonces, señor, entonces  
se cubriò el Cielo de luto,  
vayetas arrastrò el Sol,  
mortal se llorò, y difunto:  
Y con misterioso eclipse,  
contra el ordinario curso  
de los Astros, lastimado,  
perdió su luz, quedò obscuro,  
tanto que dixo en Atenas,  
el Arcopagita: Dudo  
deste prodigio la causa,  
ò padece el siempre oculto  
Dios de la naturaleza,  
ò buelve à su caos confuso  
esta maquina del Orbe,

perecedero, y caduco.  
Las piedras unas con otras  
se dieron encuentros duros,  
rasgòse el velo del Templo  
de lo inferior à lo fumo,  
temblò la tierra, y salieron  
los cuerpos de los sepulcros.  
Esta es la tràgica historia,  
este el delito, el absurdo  
mayor, que oyeron los hombres,  
cuya venganza procuro;  
dueños somos de la empresa,  
y solemnemente juro  
por los soberanos Dioses,  
à quien se deve mas culto,  
que ha de ver Jerusalèn,  
y los moradores suyos  
sus edificios postrados,  
arruinados sus muros,  
sus calles nadando en sangre,  
sus chapiteles en humo,  
y al fin, su sagrado Templo  
profanodo, y resoluto.

F I N.

REUS: En la Imprenta de RAFAEL COMPTE Impressor, y  
Librero, vive en la Calle mayòr; en donde se hallaràn  
Romances, Comedias, Entremeses, Relaciones,  
y Libros de la comun enseñaanza. &c.